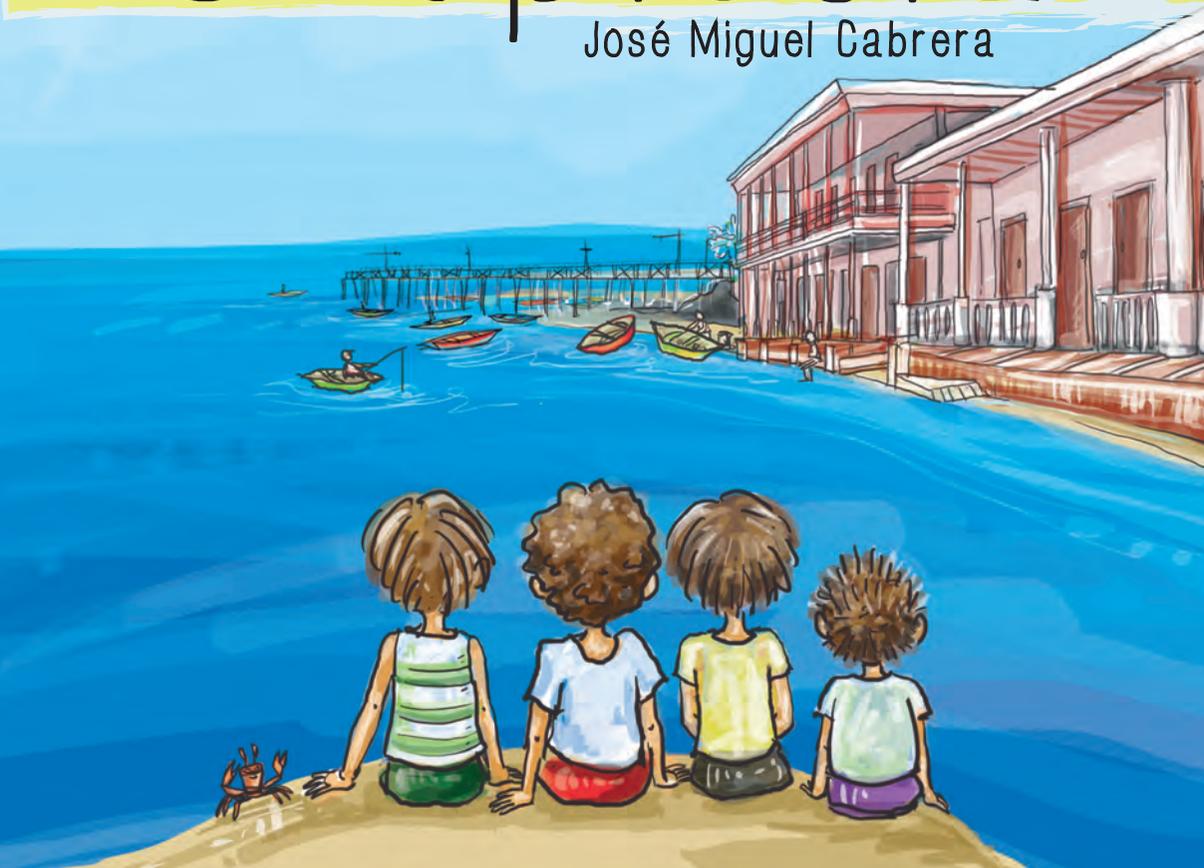


# Chepibola

José Miguel Cabrera



# PROHIBIDA SU VENTA

*Serie: Lecturas para la Escuela, 37*

© IEP Instituto de Estudios Peruanos

Horacio Urteaga 694 – Lima 11

Central: (511) 332-6194

Web: <www.iep.org.pe>

ISBN: 978-9972-51-341-1

ISSN: 1998-2879

Impreso en el Perú

Primera edición: Lima, mayo de 2012

Primera reimpresión de la primera edición: Lima, octubre de 2013

4000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: N.º 2013-15058

Registro del proyecto editorial en la Biblioteca Nacional N.º 11501131300832

<b>Autor:</b>	José Miguel Cabrera
<b>Ilustración y diseño de carátula:</b>	Beatriz Chung
<b>Diseño interiores:</b>	Gonzalo Nieto
<b>Corrección de estilo:</b>	Diana Zapata
<b>Edición:</b>	Mariana Eguren
<b>Coordinación general:</b>	Mariana Eguren, Paz Olivera
<b>Supervisión de artes finales e impresión:</b>	Odín del Pozo

Impreso en TAREA - Asociación Gráfica Educativa

Prohibida la reproducción parcial o total de este texto sin permiso del IEP.

Cabrera Arbaiza, José Miguel

*Chepibola*. Lima, IEP, 2012. (Lecturas para la Escuela, 37)

LECTURA INFANTIL; HISTORIA; CULTURA MOCHICA; NIÑOS; PERÚ

W/06.04.02/L/37



## ¡Al agua patos!

—¡Chepibola para siempre! —dijo Martín tratando de salvarse de una temible banda de piratas que amenazaban con darle muerte.

—Eso no se vale, pues, Martín, tienes que jugar bien, y no te rías que te estoy hablando en serio —replicó Andrés frunciendo el ceño, mientras agitaba sus manos bajo el agua de la orilla.

En estas costas el mar era siempre muy frío y a cualquiera le costaba trabajo sumergirse. Lo peor de todo ocurría cuando uno no entraba velozmente al mar, porque entonces debía soportar el más cruel de los castigos: que le salpicaran el agua helada antes de darle tiempo de zambullirse.

El agua salpicada era como dardos de hielo, estalactitas que te hacían gritar al entrar en contacto con tu piel caliente ¡Ese sí que era un duro tormento para los más friolentos!

Por eso, la mejor manera de enfrentar aquel peligro era meterse al agua sin pensarlo dos veces, hacer una carrerita “a toda vela” en la arena mojada y ¡zas!, ¡al agua pato!

Martín había llegado a Pacasmayo de mala gana. Su intención era pasar todas las vacaciones de verano en su casa con sus juegos de video. ¡Sería genial! Después de tantos meses de colegio y tareas, esta sería la mejor recompensa.

—De ninguna manera, Martín —dijo su mamá. —Necesitas sol y aire libre, y visitar a tus abuelos te hará mucho bien. Las protestas de Martín no habían servido de nada y, a regañadientes, había llegado a la casa de sus abuelos en Pacasmayo. No había internet, ni juegos de video... ¡ni siquiera tenían un televisor! Pero había que reconocer que desde el malecón la playa se veía muy bien...

Al día siguiente de su llegada, su primo Andrés llegó a buscarlo con Esteban y Raúl. Martín salió con cara de pocos amigos, pero



el sol ya calentaba y había que darle una oportunidad a la playa. La verdad era que estaba rico echarse boca abajo, meter manos y pies bajo la arena seca, sentir el abrigo de los finos granos que desaparecen como por arte de magia entre los dedos. Y, qué rico pensar después en cualquier otra cosa: en las musarañas, por ejemplo, o en las malaguas echadas a sus anchas sobre la arena.

—Entrar corriendo es la mejor solución. —Martín soltó la frase muy serio y tomó aire para darse fuerzas. Se sacudió la arena mojada que traía pegada a la ropa de baño como cemento fresco, y entró por fin al mar dando de alaridos.

—Para que vean que a mí el mar no me asusta —añadió, señalando a los bravos piratas de Andrés y sus amigos.

Ya acostumbrado a la temperatura, siguió avanzando entre las aguas pintadas de espuma blanca. “¡Qué frío ni qué frío, yo soy un valiente!”, se repetía en silencio mientras gozaba de aquel pequeño triunfo.

—Decir chepibola sirve solo para salvarte por un momento, y chepibola para siempre ni siquiera existe. Eso no se vale aquí ni

en la China —aclaró Esteban haciendo asomar sus dientes de conejo. Mientras tanto, los demás piratas dejaban atrás las olas dando largas brazadas, disfrutando el último baño de marea baja antes de emprender la vuelta a casa.

Aquel último baño del mediodía tenía algo de especial; los chicos de Pacasmayo aprovechaban al máximo cada segundo mar adentro, y esperaban el momento preciso para salir corriendo a pechito una ola grande y gorda que pudiera llevarlos hasta la orilla.

Antes de salir del mar, Raúl soltó una grandiosa idea: “Vamos hasta el banquito. Veamos quién llega primero, a la una, a las dos y a las tres...”. Y los pequeños piratas arrancaron a nadar con todas sus fuerzas, pataleando y dando gritos de contento.

El “banquito” del que hablaba Raúl no era otra cosa que una formación de arena nacida del movimiento de las aguas, una especie de banco donde uno podía bañarse sin el temor de ser sorprendido por la altura del agua. Los chicos podían estar muy lejos de la orilla y, aun así, tener piso sin ningún problema, pues el agua alcanzaba apenas la altura de sus rodillas. Eso sucedía,





claro está, con los muchachos de ocho y nueve años como estos piratas que gozan en el mar. Sin embargo, a los más grandes —de once y doce años para arriba—, el agua les rozaba las canillas, y podían darse el lujo de jugar con una pelota en pleno océano, lanzándola al aire para intentar dibujar con sus cuerpos una elegante “tijera” o una arriesgada “chalaquita”.

El famoso banquito era un deleite para los más chicos por una simple razón: la fantástica experiencia de hallarse a decenas de metros de la orilla y, aún así, tener piso, no se comparaba con nada en estos días inolvidables de comienzos de verano.

Jugar en el “banquito” era la mejor manera de terminar una divertida mañana. Chapotear entre las olas, mirar el horizonte que se abría antes sus ojos, y aquel viejo muelle de madera donde hace muchos años solían llegar unos barcos enormes desde los puertos más famosos del mundo entero.

Martín no pudo evitar dibujar una sonrisa en su rostro.

